

Homilía sobre la venida del Espíritu Santo y sus múltiples dones, para el Domingo de Pentecostés.



Autor desconocido.

1. Antes de pasar a la declaración de los grandes y múltiples dones del Espíritu Santo con los que la iglesia de Dios ha sido cada vez más grandemente dotada, será necesario primero explicaros brevemente de qué manera esta fiesta de Pentecostés o Celebración del Espíritu Santo tuvo su primer comienzo. Por tanto, comprenderéis que la fiesta de Pentecostés siempre se celebraba el quincuagésimo día después de Pascua, una gran y solemne fiesta entre los judíos, en la que celebraban el memorial de su liberación de Egipto, y también el memorial de la publicación de la ley que les fue dada en el Monte Sinaí ese día. La primera vez que se ordenó y mandó que se celebrara, no fue por ningún hombre mortal, sino por boca del Señor mismo, como leemos en Levítico 18 y Deuteronomio 16. El lugar designado para su celebración era Jerusalén, a donde acudía mucha gente de todas partes del mundo, como bien puede verse en el segundo capítulo de los Hechos, donde se hace mención de partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, habitantes de Judea, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia y otros lugares semejantes, por lo que también podemos deducir en parte qué solemnidad tan grande y real se usaba comúnmente en esa fiesta¹.

Y así como esto fue dado por mandamiento a los judíos en la antigua ley, así también nuestro Salvador Cristo confirmó lo mismo en el tiempo del evangelio, ordenando después de una especie de nuevo Pentecostés para sus discípulos, esto a saber, cuando envió el Espíritu Santo visiblemente en forma de lenguas repartidas como fuego, y les dio poder para hablar de tal manera que todos pudieran oírlos, y también entenderlos, en su propio idioma². Milagro que, para recordarlo perpetuamente, la Iglesia ha considerado oportuno solemnizar y santificar este día,

¹ Hechos 2:5–11.

² Hechos 2:1–11.

comúnmente llamado Domingo de Pentecostés. Y aquí es de notar que así como la ley fue dada a los judíos en el Monte Sinaí el quincuagésimo día después de Pascua, así también la predicación del evangelio a través del poderoso poder del Espíritu Santo fue dada a los apóstoles en el Monte Sión el quincuagésimo día después de Pascua. Y de aquí viene el nombre de esta fiesta, que se llamará Pentecostés, según el número de los días³. Porque como escribe San Lucas en los Hechos de los Apóstoles: Cuando se cumplieron cincuenta días', estando los discípulos 'todos juntos en un mismo lugar', el Espíritu Santo 'vino de repente' entre ellos 'y se sentó sobre cada uno de ellos, como si fueran lenguas de fuego repartidas', Lo cual se hizo sin duda para enseñar a los apóstoles y a todos los demás hombres que es Él quien da elocuencia y expresión al predicar el Evangelio, que es Él quien abre la boca para declarar las poderosas palabras de Dios, que es Él quien engendra un celo ardiente hacia la Palabra de Dios y da a todos los hombres una lengua, sí, una lengua de fuego, para que puedan profesar audaz y alegremente la verdad ante todo el mundo, tal y como Isaías fue igualmente inducido con este Espíritu. "El Señor", dice Isaías, "me dio una lengua docta" y "hábil", "para que supiera cómo levantar a los caídos con la palabra"⁴. El profeta David clama por tener este don, diciendo: «Abre, Señor, mis labios, y mi boca proclamará tus alabanzas⁵». Porque también nuestro Salvador Cristo, en el Evangelio, dice a sus discípulos: "No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que está en vosotros⁶". Todos estos testimonios de la Sagrada Escritura declaran suficientemente que el misterio de las lenguas significa la predicación del Evangelio y la profesión abierta de la fe cristiana en todos los que han sido tomados por el Espíritu Santo. De modo que si alguien es un cristiano mudo, que no profesa su fe abiertamente, sino que se encubre y se matiza con el mundo por temor al peligro en el tiempo venidero, da a los hombres ocasión, con justicia y buena conciencia, de dudar de que no tenga la gracia del Espíritu Santo dentro de sí, porque tiene la lengua trabada y no habla.

Así, pues, habéis oído la primera institución de esta fiesta de Pentecostés o día del Espíritu Santo, tanto en la antigua ley entre los judíos como también en el tiempo del evangelio entre los cristianos. Consideremos ahora qué es el Espíritu Santo y cómo, en consecuencia, obra sus milagros en favor de la humanidad.

El Espíritu Santo es de una sustancia espiritual y divina, la tercera persona en la Deidad, distinta del Padre y del Hijo, pero que procede de ambos. De lo cual da testimonio tanto el credo de Atanasio⁷ como los más claros testimonios de la Santa Palabra de Dios. Cuando Cristo fue bautizado por Juan en el río Jordán, leemos que el Espíritu Santo descendió en forma de paloma y que el Padre tronó 'desde el cielo,

³ La palabra griega significa "quincuagésimo".

⁴ Isaías 50:4.

⁵ Salmos 51:15.

⁶ Mateo 10:20.

⁷ El credo de Atanasio no fue escrito por Atanasio, sino por un escritor desconocido, probablemente alrededor del año 500 en la Galia.

diciendo: Este es mi querido y amado Hijo, en quien tengo complacencia⁸. En este pasaje se nos advierte que son tres personas diversas y distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no son tres dioses, sino un solo Dios. Asimismo, cuando Cristo instituyó y ordenó por primera vez el sacramento del bautismo, envió a sus discípulos a todo el mundo, con el mandato de que bautizaran a "todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"⁹. En otro lugar dice también: "Yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Consolador"¹⁰. Y también: "Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré de parte de mi Padre, etc"¹¹. Estos y otros pasajes del Nuevo Testamento confirman tan clara y evidentemente la distinción entre el Espíritu Santo y las otras personas de la Trinidad, que nadie puede dudar de ello a menos que blasfeme contra la verdad eterna de la Palabra de Dios. En cuanto a su naturaleza y sustancia propias, es totalmente uno con Dios Padre y Dios Hijo, es decir, espiritual, eterno, increado, incomprendible, todopoderoso; en resumen, es Dios y Señor eterno. Por eso se le llama el Espíritu del Padre, por eso se dice que procede del Padre y del Hijo, y por eso se unió a ellos en la comisión que los apóstoles tenían de bautizar a todas las naciones.

Pero para que esto aparezca más sensiblemente a los ojos de todos los hombres, será necesario llegar a la otra parte, es decir, a las maravillosas y celestiales obras del Espíritu Santo, que declaran claramente al mundo su inmenso y divino poder. En primer lugar, es evidente que Él gobernó y dirigió maravillosamente los corazones de los patriarcas y profetas en la antigüedad, iluminando sus mentes con el conocimiento del verdadero Mesías y dándoles la palabra para profetizar cosas que sucederían mucho tiempo después. Porque como atestigua San Pedro, "la profecía no vino en los tiempos antiguos por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados interiormente por el Espíritu Santo"¹². Y de Zacarías, el sumo sacerdote, se dice en el Evangelio que "estaba lleno del Espíritu Santo, profetizaba y alababa a Dios"¹³. Lo mismo hicieron Simeón, Ana, María y muchos otros, para gran asombro y admiración de todos los hombres.

Además, ¿no fue el Espíritu Santo el poderoso artífice de la concepción y nacimiento de Cristo nuestro Salvador? San Mateo dice que la bienaventurada virgen "se halló encinta del Espíritu Santo, antes que José y ella se uniesen"¹⁴. Y el ángel Gabriel le anunció expresamente que esto sucedería, diciendo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra"¹⁵. ¡Qué cosa tan maravillosa es que una mujer conciba y dé a luz un hijo sin conocimiento de varón!

⁸ Mateo 3:16–17.

⁹ Mateo 28:19.

¹⁰ Juan 16:16.

¹¹ Juan 15:26.

¹² 2 Pedro 1:21.

¹³ Lucas 1:64, 67.

¹⁴ Mateo 1:18.

¹⁵ Lucas 1:35.

Pero donde obra el Espíritu Santo, allí nada es imposible, como puede también demostrarse por la regeneración interior y la santificación de la humanidad.

Cuando Cristo le dijo a Nicodemo: "Si el hombre no nace de nuevo, de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios", se quedó muy sorprendido y comenzó a razonar con Cristo, preguntándole: "¿Cómo puede nacer de nuevo un hombre viejo? ¿Puede entrar de nuevo en el vientre de su madre y así volver a nacer?¹⁶". He aquí un modelo vivo de un hombre carnal y de carne. Tenía poca o ninguna inteligencia del Espíritu Santo y, por lo tanto, se puso a trabajar sin rodeos y preguntó cómo era posible que esto fuera cierto, mientras que, de lo contrario, si hubiera conocido el gran poder del Espíritu Santo en este sentido, habría tenido entendimiento que es Él quien obra internamente la regeneración y el nuevo nacimiento de la humanidad, nunca se habría maravillado de las palabras de Cristo, sino que más bien habría aprovechado la ocasión para alabar y glorificar a Dios. En efecto, así como en la Deidad hay tres personas distintas y diversas, así también cada una de ellas tiene tres oficios distintos y diversos: el Padre, que crea; el Hijo, que redime; el Espíritu Santo, que santifica y regenera. Este último, cuanto más oculto está a nuestro entendimiento, tanto más debe mover a todos a maravillarse ante la obra secreta y poderosa del Espíritu Santo de Dios que está dentro de nosotros. Porque es el Espíritu Santo, y no otra cosa, quien vivifica las mentes de los hombres, suscitando en sus corazones movimientos buenos y piadosos, conformes a la voluntad y al mandamiento de Dios, quienes, de otro modo, por su propia naturaleza torcida y perversa, nunca tendrían. "Lo que es nacido de la carne", dice Cristo, "carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es¹⁷". Como si se nos dijera: 'El hombre por su propia naturaleza es carnal y de carne, corrupto y nulo, pecador y desobediente a Dios, sin ninguna chispa de bondad en él, sin ningún movimiento virtuoso o piadoso, sólo dado a malos pensamientos y obras perversas; en cuanto a las obras del Espíritu, los frutos de la fe, los movimientos caritativos y piadosos, si es que tiene alguno en él, proceden sólo del Espíritu Santo, que es el único obrador de nuestra santificación y nos hace hombres nuevos en Cristo Jesús. ¿No obró milagrosamente el Espíritu Santo de Dios en el niño David, cuando de pobre pastor llegó a ser tanto profeta como un príncipe?¹⁸ ¿Acaso el Espíritu Santo de Dios no obró milagrosamente en Mateo, "que estaba sentado al banco de los tributos públicos", cuando de un orgulloso publicano se convirtió en un humilde y pequeño evangelista¹⁹? ¿Y quién no puede maravillarse al considerar que Pedro se convirtiera de un simple pescador en un apóstol principal y poderoso, Pablo de un cruel y sanguinario perseguidor en un fiel discípulo de Cristo para enseñar a los gentiles?

¹⁶ Juan 3:3–5.

¹⁷ Juan 3:6.

¹⁸ 1 Sam. 17:33–37.

¹⁹ Mateo. 9:9.

Tal es el poder del Espíritu Santo para regenerar a los hombres y, por así decirlo, hacerlos nacer de nuevo, de modo que no sean como los hombres que eran antes. Tampoco cree que sea suficiente obrar internamente el nuevo nacimiento espiritual del hombre, a menos que también habite y permanezca en él. "¿No sabéis", dice San Pablo, "que sois templo de Dios y que su Espíritu mora en vosotros? ¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros²⁰? Y añade: "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros²¹". Con esto concuerda la doctrina de San Juan, que escribe así: "Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros²²". Y lo mismo dice la doctrina de Pedro, que tiene estas palabras: "porque el Espíritu de gloria y de Dios reposa sobre vosotros²³". ¡Qué consuelo para el corazón del verdadero cristiano pensar que el Espíritu Santo mora en él! De tal manera que, "Si Dios está con nosotros", como dice el apóstol, "¿quién contra nosotros?²⁴".

«Pero ¿cómo sabré que el Espíritu Santo está dentro de mí?», dirá alguien por casualidad. En verdad, como "el árbol se conoce por su fruto²⁵", así también se conoce al Espíritu Santo. De tal manera que "los frutos del Espíritu Santo", según la mente de San Pablo, son estos: "amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, etc.". Por el contrario, "las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas²⁶". Aquí está ahora ese espejo en el que debes mirarte a ti mismo y discernir si tienes al Espíritu Santo dentro de ti o actuando las obras de la carne. Si ves que tus obras son virtuosas y buenas, conformes a la regla prescrita de la Palabra de Dios, que no tienen sabor ni gusto a carne sino a Espíritu, asegúrate de que estás investido del Espíritu Santo; de lo contrario, al pensar bien de ti mismo no haces otra cosa que engañarte.

El Espíritu Santo se manifiesta siempre por sus dones fecundos y llenos de gracia, a saber, por la palabra de sabiduría, por la palabra de ciencia, que es la comprensión de las Escrituras, por la fe en la realización de milagros, por la curación de los enfermos, por la profecía, que es la declaración de los misterios de Dios, por el discernimiento de espíritus, la diversidad de lenguas, la interpretación de lenguas, etc²⁷. Todos estos dones, como proceden de un solo Espíritu, y son dados separadamente al hombre de acuerdo con la distribución mensurable del Espíritu Santo, así también llevan a los hombres, y no sin buena causa, a una admiración maravillosa del poder divino de Dios. ¿Quién no se maravillará de lo que está escrito

²⁰ 1 Cor. 3:16; 6:19.

²¹ Rom. 8:9.

²² 1 Juan 2:27.

²³ 1 Pedro 4:14.

²⁴ Rom. 8:31.

²⁵ Mateo. 12:33.

²⁶ Gál. 5:19–23.

²⁷ 1 Cor. 12:7–11.

en los Hechos de los Apóstoles, al oír su audaz confesión ante el concilio de Jerusalén y considerar que se marcharon con gozo y alegría, 'regocijándose de haber sido tenidos por dignos de sufrir reprensiones' y verificaciones 'por el nombre' y la fe 'de Cristo Jesús'²⁸? Esta fue la obra poderosa del Espíritu Santo, quien, por dar paciencia y alegría de corazón en la tentación y la aflicción, ha obtenido dignamente este nombre en la Sagrada Escritura, de ser llamado "consolador"²⁹. ¿Quién no se maravillará también al leer los sermones eruditos y celestiales de Pedro y de los demás discípulos, considerando que nunca fueron educados en la escuela de los letrados, sino que fueron llamados incluso de sus redes para suplir los asientos de los apóstoles? Esta fue asimismo la obra poderosa del Espíritu Santo, quien, por instruir los corazones de los sencillos en el verdadero conocimiento de Dios y su santa Palabra, es llamado con toda justicia con este nombre y título, "Espíritu de verdad"³⁰. Eusebio, en su "Historia eclesiástica", cuenta una extraña historia de cierto filósofo erudito y sutil, que siendo un adversario extremo de Cristo y su doctrina, no podía ser convertido a la fe por ninguna clase de erudición, sino que era capaz de resistir todos los argumentos que se podían presentar contra él con poco o ningún trabajo. Al fin se levantó un pobre hombre sencillo, de poco ingenio y menos conocimiento, uno que era reputado entre los doctos como un idiota, se vio obligado a discutir con este orgulloso filósofo en nombre de Dios. Los obispos y otros sabios que estaban presentes se avergonzaron maravillosamente del asunto, pensando que por sus acciones todos ellos serían confundidos y puestos en vergüenza. No obstante, él prosiguió, y comenzando en el nombre del Señor Jesús, llevó al filósofo a tal punto al final, en contra de lo que todos esperaban, que no pudo sino reconocer el poder de Dios en sus palabras, y dar lugar a la verdad³¹. ¿No fue ésta una obra milagrosa, que un alma tonta, sin erudición, hiciera lo que muchos obispos de gran conocimiento y entendimiento nunca fueron capaces de llevar a cabo? Tan cierto es el dicho de Beda: "Donde el Espíritu Santo instruye y enseña, no hay demora alguna en aprender"³². Mucho más se podría decir aquí de los múltiples dones y gracias del Espíritu Santo, muy excelentes y maravillosos a nuestros ojos, pero para hacer un largo discurso sobre todos, la brevedad del tiempo no servirá; y puesto que habéis oído lo principal, podéis fácilmente concebir y juzgar el resto.

Ahora bien, si fuera conveniente discutir esta cuestión, ¿todos los que se jactan y se ensoberbecen de tener el Espíritu Santo realmente se cuestionan esto a sí mismos o no? Esta duda, porque es necesaria y útil, será disipada, si Dios quiere, en la siguiente parte de esta homilía. Mientras tanto, demos gracias de corazón a Dios Padre y a su Hijo Jesucristo por enviar a este consolador al mundo, suplicándole

²⁸ Hechos 5:29–32, 41.

²⁹ Juan 14:16.

³⁰ Juan 14:17.

³¹ Eusebio de Cesarea, Historia eclesiastica, 10.3. Sozomeno, Historia eclesiastica, 1.18, tomó prestada la historia de la traducción de Eusebio hecha por Rufino, que también parece haber sido la base para el relato que se da aquí.

³² Beda, Hom. in Lucam, 1.39–47.

humildemente que obre en nuestros corazones por el poder de este Espíritu Santo para que, siendo regenerados y nacidos de nuevo en toda bondad, justicia, sobriedad y verdad, podamos al final ser participantes de la vida eterna en su reino celestial por medio de Jesucristo nuestro único Señor y Salvador. Amén.

2. Nuestro Salvador, Cristo, al partir de este mundo para ir a su Padre, prometió a sus discípulos enviar otro Consolador, que permanecería con ellos para siempre y los guiaría a toda la verdad³³. Las Escrituras dan suficiente testimonio de que esto se cumplió fiel y verdaderamente. Tampoco debemos pensar que este Consolador fue prometido o dado sólo a los apóstoles, sino también a la iglesia universal de Cristo, esparcida por todo el mundo. Porque si el Espíritu Santo no hubiera estado siempre presente, gobernando y preservando a la iglesia desde el principio, nunca habría podido soportar tantos y tan grandes embates de aflicción y persecución con tan poco daño y perjuicio como lo ha hecho. Y las palabras de Cristo son muy claras en este sentido, cuando dice que "el Espíritu de verdad permanecería con ellos para siempre³⁴", que "estaría con ellos siempre (se refiere a la gracia, la virtud y el poder) hasta el fin del mundo³⁵". En la oración que dirigió a su Padre poco antes de morir, intercede no sólo por sí mismo y por sus apóstoles, sino también «por todos los que creerían en Él por la palabra de ellos³⁶», es decir, por toda su Iglesia. San Pablo dice también: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo³⁷». Y en las palabras siguientes: «Hemos recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!³⁸». Por todo esto es evidente y claro para todos que el Espíritu Santo fue dado no sólo a los apóstoles, sino también a todo el cuerpo de la congregación de Cristo, aunque no en la misma forma y majestad con que descendió en la fiesta de Pentecostés.

Pero ahora se plantea la controversia sobre si todos los hombres se arrogan con justicia el Espíritu Santo o no. Los obispos de Roma han planteado durante mucho tiempo un duro desafío a este respecto, razonando de esta manera. El Espíritu Santo, dicen, fue prometido a la iglesia y nunca la abandona, pero nosotros somos las cabezas principales y la parte principal de la iglesia, por lo tanto, tenemos el Espíritu Santo para siempre, y todo lo que decretamos son verdades indudables y oráculos del Espíritu Santo. Para que podáis percibir la debilidad de este argumento, es necesario enseñaros primero qué es la verdadera iglesia de Cristo, y luego confrontar a la iglesia de Roma con ella, para discernir cuán bien concuerdan entre sí.

La verdadera iglesia es una congregación o comunidad universal del pueblo fiel y elegido de Dios, "edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo

³³ Juan 13:1; 14:16, 26; 15:26; 16:7, 13

³⁴ Juan 14:16–17.

³⁵ Mateo. 28:20.

³⁶ Juan 17:20.

³⁷ Rom. 8:9.

³⁸ Rom. 8:15.

Jesucristo mismo la piedra angular³⁹". Y siempre tiene tres características o señales por las cuales se la conoce: la doctrina pura y sana, los sacramentos administrados según la santa institución de Cristo y el uso correcto de la disciplina eclesiástica. Esta descripción de la iglesia es conforme tanto a las Escrituras de Dios como a la doctrina de los padres antiguos, de modo que nadie puede encontrarle faltas con justicia.

Ahora bien, si comparáis esto con la iglesia de Roma, no como era al principio, sino como es actualmente y ha sido por espacio de novecientos años y algo más, percibiréis bien que su estado está tan alejado de la naturaleza de la verdadera iglesia que nada puede ser más extraviado con respecto a esta. Porque ni están edificadas sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, reteniendo la doctrina pura y sana de Cristo Jesús, ni tampoco ordenan los sacramentos ni las llaves eclesiásticas en la forma en que Él los instituyó y ordenó al principio, sino que han entremezclado sus propias tradiciones e invenciones cortando y cambiando, añadiendo y quitando, de tal manera que ahora pueden parecer convertidas en una nueva apariencia. Cristo encomendó a su iglesia un sacramento de su cuerpo y sangre; ellos lo han cambiado en un sacrificio por los vivos y los muertos. Cristo ministró a sus apóstoles y los apóstoles a otros hombres, indistintamente bajo ambas especies; ellos han privado a los laicos de la copa, diciendo que para ellos una sola especie es suficiente.

Cristo no ordenó que se usara ningún otro elemento en el bautismo sino sólo agua, a la cual, cuando se une la Palabra, se hace, como dice San Agustín, un sacramento pleno y perfecto⁴⁰; ellos, siendo más sabios en su propia opinión que Cristo, piensan que no se hace bien ni ordenadamente a menos que usen conjuros, a menos que bendigan el agua, a menos que haya aceite, sal, saliva, velas y otras ceremonias mudas, que no sirven para nada, contrariamente a la regla clara de San Pablo, que quiere que todas las cosas se hagan en la iglesia para edificación⁴¹. Cristo ordenó la autoridad de las llaves para excomulgar a los pecadores notorios y absolver a los que están verdaderamente arrepentidos; ellos abusan de este poder a su antojo, tanto al maldecir a los piadosos con campanas, libros y velas, como al absolver a los réprobos que son conocidos por ser indignos de cualquier sociedad cristiana, de lo cual el que quiera ver ejemplos, que escudriñe sus vidas. En resumen, mirad lo que nuestro Salvador Cristo dijo de los escribas y de los fariseos en el Evangelio, lo mismo podemos decir con valentía y con la conciencia tranquila de los obispos de Roma, a saber, que han abandonado y abandonan diariamente los mandamientos de Dios, para erigir y establecer sus propias constituciones⁴². Siendo esto verdad, como todos los que tienen alguna luz de la Palabra de Dios deben necesariamente confesar, bien podemos concluir, de acuerdo con la regla de San Agustín, que los obispos de Roma y sus adherentes no son la verdadera Iglesia de Cristo, y mucho

³⁹ Ef. 2:20.

⁴⁰ Agustín, Tractatus in Iohannem, 80.3.

⁴¹ 1 Cor. 14:26.

⁴² Mateo. 15:3, 6; Marcos 7:9, 13.

menos deben ser tomados como jefes principales y gobernantes de la misma. "Quienquiera", dice él, "disiente de las Escrituras concernientes a la cabeza, aunque se encuentren en todos los lugares donde la iglesia está designada, sin embargo, no están en la iglesia⁴³". Un lugar claro, que concluye directamente contra la iglesia de Roma.

¿Dónde está ahora el Espíritu Santo que tan fervientemente se atribuyen? ¿Dónde está ahora el Espíritu de verdad, que no les permitirá en modo alguno errar⁴⁴? Si es posible estar allí donde no está la verdadera iglesia, entonces es en Roma; de lo contrario, no es más que una vana fanfarronería y nada más. San Pablo, como ya habéis oído antes, dice: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es suyo⁴⁵". Y al cambiar sus palabras se puede decir con la misma verdad: «Si alguno no es de Cristo, no tiene su Espíritu». Ahora bien, para discernir quiénes son verdaderamente suyos y quiénes no, tenemos esta regla dada: "Sus ovejas siempre oyen su voz⁴⁶". Y San Juan dice: "El que es de Dios oye la Palabra de Dios⁴⁷". De lo cual se sigue que los papas, al no oír la voz de Cristo como deberían hacerlo, sino prefiriendo sus propios decretos a la Palabra expresa de Dios, argumentan claramente al mundo que no son de Cristo ni están bajo la dirección de su Espíritu.

Pero aquí alegarán por sí mismos que hay diversos puntos necesarios que no están expresados en la Sagrada Escritura, que fueron dejados a la revelación del Espíritu Santo, quien, habiendo sido dado a la iglesia según la promesa de Cristo, ha enseñado muchas cosas de tiempo en tiempo, que los apóstoles no podían soportar entonces⁴⁸. A esto podemos responder fácilmente con las claras palabras de Cristo, enseñándonos que el oficio propio del Espíritu Santo no es instituir e introducir nuevas ordenanzas, contrarias a su doctrina enseñada antes, sino exponer y declarar aquellas cosas que él había enseñado antes para que pudieran ser bien y verdaderamente entendidas. "Cuando el Espíritu Santo", dice él, "venga, os guiará a toda la verdad⁴⁹". ¿A qué verdad se refiere? ¿A alguna otra que la que Él mismo había expresado antes en su Palabra? No, porque dice: "Tomará de lo mío y os lo hará saber". Y también: "Os recordará todas las cosas que os he dicho⁵⁰". No es, pues, deber ni parte de ningún cristiano, bajo el pretexto del Espíritu Santo, introducir sus propios sueños y fantasías en la iglesia, sino que debe procurar diligentemente que su doctrina y sus decretos sean conformes al santo testamento de Cristo; de lo contrario, al hacer del Espíritu Santo su autor, blasfema y desmiente al Espíritu Santo para su propia condenación.

⁴³ Agustín, *Contra Donatistas (De unitate ecclesiae)*, 7.

⁴⁴ Juan 16:13.

⁴⁵ Rom. 8:9.

⁴⁶ Juan 10:27.

⁴⁷ Juan 8:47.

⁴⁸ Juan 16:12.

⁴⁹ Juan 16:13–14.

⁵⁰ Juan 14:26.

Ahora bien, dejando ya de lado su doctrina, pasemos a otros puntos. ¿Qué juzgaremos o pensaremos del intolerable orgullo del Papa? La Escritura dice que "Dios resiste a los soberbios y muestra su gracia a los humildes⁵¹". También declara bienaventurados a los pobres de espíritu⁵², prometiendo que "los que se humillan serán ensalzados⁵³". Y Cristo nuestro Salvador quiere que todos los suyos "aprendan de Él porque es humilde y manso⁵⁴". En cuanto al orgullo, dice San Gregorio: "Es la raíz de todo mal⁵⁵". Y el juicio de San Agustín al respecto del pecado de soberbia es éste: que convierte a los hombres en demonios⁵⁶. ¿Puede, pues, alguien que haya leído o quiera leer las vidas de los Papas decir con justicia que tenían el Espíritu Santo en su interior? En primer lugar, en cuanto a que serán llamados obispos universales y cabezas de todas las iglesias cristianas en todo el mundo, tenemos el juicio de Gregorio expresamente contra ellos, quien escribiendo al emperador Mauricio, condena a Juan, obispo de Constantinopla por ese motivo, llamándolo el príncipe del orgullo, el sucesor de Lucifer y el precursor del anticristo⁵⁷. San Bernardo también, concordando con esto, dice: '¿Qué mayor orgullo puede haber que el que un hombre prefiera su propio juicio antes que el de toda la congregación, como si sólo él tuviera el Espíritu de Dios⁵⁸? Y Crisóstomo pronuncia una terrible sentencia contra ellos, afirmando claramente que 'quienquiera que busque ser el principal en la tierra encontrará confusión en el cielo⁵⁹' y que aquel que lucha por la supremacía no será reputado entre los siervos de Cristo. Otra vez dice: 'Desear una buena obra, es bueno; pero codiciar el principal grado de honor, es mera vanidad⁶⁰'. ¿No convencen suficientemente estos lugares de su escandaloso orgullo al usurpar para sí mismos una superioridad sobre todos los demás, tanto ministros y obispos, como reyes y emperadores?

Pero, así como el león se conoce por sus garras, aprendamos a conocer a estos hombres por sus hechos. ¿Qué diremos de aquel que hizo que el noble rey Dandalus fuera atado por el cuello con una cadena y tendido ante su mesa, para roer huesos como un perro? ¿Pensaremos que tenía el Espíritu Santo de Dios dentro de él, y no más bien el espíritu del diablo? Tal tirano fue el papa Clemente VI⁶¹. ¿Qué diremos de aquel que orgullosa y despectivamente pisoteó al emperador Federico bajo sus pies, aplicándose a sí mismo aquel verso del salmo: "Sobre el león y el áspid pisarás;

⁵¹ Santiago 4:6.

⁵² Mateo 5: 3.

⁵³ Mateo 23:12.

⁵⁴ Mateo 11:29.

⁵⁵ Gregorio Magno, *Moralia in Iob*, 31.87, citando a Sir. 10:13.

⁵⁶ Paulino de Aquileia, *Liber exhortationis* (De salutar. Docum.). 18. Tradicionalmente atribuida a Agustín.

⁵⁷ Gregorio Magno, Ep. 5.20. Véase también *ibid.*, 5.21, escrita a la emperatriz Constanza. Mauricio fue emperador en Constantinopla entre 582 y 602, y Juan se autoproclamó «patriarca ecuménico» en 595.

⁵⁸ Bernardo de Claraval, *Hom. in tempore rescuerisis*, 3.4.

⁵⁹ Juan Crisóstomo, *Hom. in Matt.*, 35.

⁶⁰ *Ibíd.*

⁶¹ En realidad, Clemente V (1305-1314). La presentación la hizo Francisco Dandolo, más tarde dux de Venecia, pero entonces (1313) sólo un ciudadano privado. *Sabellicus, Rer. Vent. Dec.*, 1.

hollarás al cachorro del león y al dragón⁶²”? ¿Diremos que tenía el Espíritu Santo de Dios dentro de él, y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano de esta clase fue el papa Alejandro III⁶³. ¿Qué diremos de aquel que armó y animó al hijo contra el padre, haciendo que lo tomaran y lo mataran de hambre cruelmente, contrariamente a la ley de Dios y también a la de la naturaleza? ¿Diremos que tenía en su interior al Espíritu Santo de Dios y no más bien al espíritu del diablo? Un tirano de esta clase fue el papa Pascual II⁶⁴. ¿Qué diremos de aquel que llegó al papado como un zorro, que reinó como un león y murió como un perro? ¿Diremos que tenía en su interior el Espíritu Santo de Dios y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano así fue el papa Bonifacio VIII⁶⁵. ¿Qué diremos de aquel que hizo que Enrique IV, el emperador, con su mujer y su hijo pequeño, permaneciera a las puertas de la ciudad en pleno invierno descalzo y con las piernas desnudas, vestido sólo con ropa de lino y lana, sin comer nada desde la mañana hasta la noche y eso durante el espacio de tres días? ¿Diremos que tenía en su interior el Espíritu Santo de Dios y no más bien el espíritu del diablo? Un tirano así fue el papa Hildebrando, muy digno de ser llamado agitador, si lo llamamos como mejor se lo merece⁶⁶.

Podrían alegarse aquí muchos otros ejemplos, como el caso de la Papasa Juana la ramera, que dio a luz a un niño en la calle mayor, yendo solemnemente en procesión⁶⁷, del Papa Julio II, que arrojó voluntariamente las llaves de San Pedro al Tíber⁶⁸, del Papa Urbano VI, que hizo meter en sacos a cinco cardenales y los ahogó cruelmente⁶⁹, del Papa Sergio III, que persiguió el cadáver de Formosus, su predecesor, cuando llevaba ocho años enterrado⁷⁰, del Papa Juan XIV del mismo nombre, que habiendo entregado a su enemigo en sus manos, hizo primero que lo desnudaran completamente, que le afeitaran la barba y que lo colgaran un día entero de los cabellos, luego que lo montaran en un asno con la cara hacia atrás, hacia la cola, que lo llevaran a pesar de todo lo ya afligido por la ciudad, que lo golpearan miserablemente con varas, y por último que lo expulsaran de su país y lo desterraran

⁶² Salmo . 91:13.

⁶³ La entrevista entre Federico I Barbarroja (1152–1190) y el papa Alejandro III (1159–1181) tuvo lugar en Venecia en julio de 1177, pero esta historia ahora se rechaza por apócrifa.

⁶⁴ (1099–1118). No hay pruebas de que alentara al futuro Enrique V (1106–1125) a rebelarse contra su padre Enrique IV (1056–1106), pero sin duda apoyó la rebelión una vez que se produjo.

⁶⁵ (1294–1302). Citado de Paralip. Ad calc. Chron. Abbat. Ursperg (Conrad von Lichtenau), Bonifacio VIII, donde las palabras utilizadas son: 'Intravit ut vulpes, regnavit ut lupus, moruus est ut canis'. El 'león ' en lugar de 'lobo' proviene de Rolewinck, Fasciculus temporum, anno 1294: 'Intravit ut vulpes, vixit ut leo, et moritur ut canis.'

⁶⁶ Gregorio VII (1073–1085). El incidente tuvo lugar en Canossa en 1076.

⁶⁷ Se dice que sucedió al papa León IV en 855, pero aunque hay quienes todavía intentan demostrar que esto realmente ocurrió, la mayoría de los historiadores ahora lo consideran falso.

⁶⁸ (1503– 1513).

⁶⁹ (1378–1389).

⁷⁰ Sergio III reinó de 904 a 911, y aquí se lo confunde con el papa Esteban VI (896–897). Formoso fue papa de (891–896) y había muerto hace apenas un año. Pocos meses después, Esteban lo hizo exhumar.

para siempre⁷¹. Pero para concluir y poner fin, tomad brevemente esta corta lección: dondequiera que encontréis espíritu de arrogancia y orgullo, espíritu de envidia, odio, contienda, crueldad, asesinato, extorsión, brujería, nigromancia, etc., aseguraos de que allí está el espíritu del diablo y no de Dios, aunque exteriormente pretendan mostrar ante el mundo una gran santidad nunca antes vista. Porque, como nos enseña el Evangelio, el Espíritu de Jesús es un Espíritu bueno, un Espíritu santo, un Espíritu dulce, un Espíritu humilde, un Espíritu misericordioso, lleno de caridad y amor, lleno de perdón y piedad, que "no devuelve mal por mal", extremo por extremo, sino que "vence el mal con el bien" y perdona toda ofensa "incluso de corazón⁷²". Según esta regla, si alguno vive rectamente, puede decirse con seguridad que tiene el Espíritu Santo en su interior; si no, es señal clara de que usurpa en vano el nombre del Espíritu Santo.

Por tanto, amados, según el buen consejo de San Juan, "no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios⁷³". "Muchos vendrán en mi nombre", dice Cristo, y "se disfrazarán como ángeles de luz, engañando, si es posible, a los mismos elegidos⁷⁴". "Vendrán a vosotros con piel de oveja, siendo por dentro lobos crueles y rapaces⁷⁵". Tendrán una apariencia exterior de gran santidad e inocencia de vida, de modo que difícilmente o en absoluto los discerniréis. Pero la regla que debéis seguir es ésta: "juzgarlos por sus frutos⁷⁶". Y si son malos, entonces es imposible que en estos se encuentre algo bueno en realidad. Tales fueron en su mayor parte todos los papas y prelados de Roma, como bien aparece en la historia de sus vidas, y por lo tanto son dignamente contados entre el número de 'falsos profetas y falsos Cristos' que engañaron al mundo por mucho tiempo⁷⁷.

El "Señor del cielo y de la tierra⁷⁸" nos defienda de su tiranía y soberbia, para que nunca más entren en su viña perturbando a su pobre y tonto rebaño, sino que sean totalmente confundidos y puestos en fuga en todas partes del mundo. Y él, por su gran misericordia, obre de tal modo en los corazones de todos los hombres por el inmenso poder del Espíritu Santo, que el comfortable evangelio de su Hijo Cristo sea verdaderamente predicado, verdaderamente recibido y verdaderamente seguido en todas partes, para abatir el pecado, la muerte, el papa, el diablo y todo el reino del anticristo, para que las ovejas dispersas y diseminadas sean finalmente reunidas en "un solo redil⁷⁹", y al final descansemos todos juntos en el seno de Abraham,

⁷¹ Esta venganza fue ejercida sobre Pedro, prefecto de Roma, por el emperador Otón I (936-973) y el papa Juan XIII (965-973), aquí erróneamente considerado como Juan XIV, un error derivado (como el anterior sobre Sergio III) de Platina.

⁷² 1 Pedro 3:9; Romanos 12:21; Mateo 18:35.

⁷³ 1 Juan 4:1.

⁷⁴ Mateo 24:5, 24; 2 Corintios 11:13-15.

⁷⁵ Mateo 7:15-20.

⁷⁶ Lucas 6:43-45.

⁷⁷ Mateo 24:24.

⁷⁸ Mateo 11:25.

⁷⁹ Juan 10:16.

Isaac y Jacob⁸⁰, para ser allí partícipes de la vida eterna e imperecedera, por los méritos y la muerte de Jesucristo, nuestro Salvador.

Amén.

⁸⁰ Lucas 16:22; Mateo 8: 11.